

LICHTMAJER, Leandro (Conicet-UNT).
MELON PIRRO, Julio (UNMdP-UNICEN).
PULFER, Darío (Cedinpe-UNSAM).

Título: De los Comandos a la organización. Las formas de intermediación política del peronismo en la primera década de proscripción (1955-1965)

Presentado en las Jornadas CEHIS-UNMdP, abril 2024.

INTRODUCCION

La producción historiográfica está prestando renovada atención a las formas de intermediación entre Perón y su movimiento en el período de su exilio (Melon Pirro, 2011; Marcilese, 2015; Melon Pirro y Pulfer, 2020; Lichtmajer, 2021; Lichtmajer y Pulfer, 2023; Pulfer y Lichtmajer, 2023). También se avanzó en la reconstrucción de trayectorias dirigentes que pertenecieron a aquellas (Rein, 2006; Mazzeo, 2016; Melon Pirro, 2020; Panella & Rein, 2020; Codesido, 2021; Mo Amovet, 2021, Castellucci y Mo Amavet, 2023). A ello podemos sumar la información disponible en testimonios, memorias y correspondencia sobre las variadas modalidades que asumieron esas estructuras vicarias de conducción política (Amaral y Rattif, 1991; Monzón, 2006; Chiaramonte y Klein, 2017; Friedemann, 2021; Vicente, 2023; Eguren, 2023).

Este texto presenta una síntesis de las formas de intermediación –los mecanismos, organismos y figuras utilizados para mantener la conducción– que Perón utilizó en su denodada lucha por recuperar o mantener su posición de poder en Argentina. Sin inclinarnos demasiado por criterios funcionalistas o descriptivos, propondremos un abordaje contextualizado, dividido en periodos, con el fin de dar cuenta de los diferentes mecanismos de intermediación operantes en los tumultuosos años comprendidos entre el golpe de Estado y la ruptura con el vanderismo (1955-1965). Esta mirada, en un clivaje historicista, será combinada con algunas categorías conceptuales en la narración.

Los interrogantes que inspiran el texto son los siguientes: ¿La intermediación fortalecía o debilitaba el liderazgo remoto de Perón? ¿En qué medida los contextos determinaban las variaciones en las formas de intermediación? ¿Cuáles fueron los alcances, en términos de autonomía y decisión, de estas cambiantes modalidades? ¿Las decisiones obedecían a propósitos performativos de organización política o resultaban de la imposibilidad de establecer otras formas de comunicación y dirección? ¿Ha primado acaso una consideración de carácter “inductivo”, que enfatizó la voluntad de Perón en el análisis de las designaciones, sin hacer

lugar suficiente a la naturaleza “deductiva” de las decisiones, atenta al peso de otros actores y sujeta al reconocimiento de dinámicas locales?

El foco en las formas de intermediación tiene consecuencias hermenéuticas que discuten con algunas nociones presentes en la producción sobre el tema. Una de sus premisas es que además de las acciones de Perón contaban las de otros actores significativos de la escena política, concibiendo la construcción del poder desde una mirada reticular y contextualizada, que pondera la capacidad de agencia de las tramas intermedias en la estructura de poder peronista. Desde esta perspectiva, las llamadas segundas y terceras líneas cobran otra significación. Si la inveterada hipótesis de un liderazgo monolítico y sin fisuras fue uno de los ejes de discusión sobre el peronismo clásico (1943-1955), atender al proceso abierto por el golpe de Estado modifica *per se* las coordenadas del debate. Sin los atributos de antaño, el protagonismo de Perón en el exilio fue fruto de una tarea de persuasión, de tramitar la disidencia y de minar liderazgos alternativos. Asistimos a un momento, pues, en el cual la intermediación tuvo una potencia inédita, en tanto hubo exégetas que hablaron en su nombre y los mensajes fueron resignificados, tergiversados o manipulados por portadores y receptores. Así, a partir de 1955 las segundas y terceras líneas fueron, en el sentido literal del término, necesarias (Panella y Rein, 2020), de una manera diferente y quizás más crucial que en toda la trayectoria previa del peronismo. Se trató de sujetos políticos que interactuaron con el líder y resignificaron sus mensajes adecuándolos a sus intereses y proyectos, de personas que recrearon redes de sociabilidad y amistad política, de dirigentes que expresaron –y que a su vez tuvieron, lógicamente– condicionamientos sociales y territoriales. Así, la relación líder-masas sin mediaciones, que da lugar a uno de los fundamentos preferidos para designar al peronismo como populismo, se pone en cuestión.

Sea para evitar la anarquía, controlar la participación, contener la proyección de los sindicatos o, en un nivel más elemental, unificar su voz en el llano, durante el período de la proscripción el peronismo dispuso de una diversidad de instituciones que intentaron expresarlo. Los orígenes militares de Perón, así como su práctica en el ejecutivo nacional, lo inclinaban a concebir direcciones integradas con un estado mayor y con auxiliares de conducción. En ese contexto, las instituciones permanentes fueron el Comando Superior Peronista (en adelante CSP), así como la figura del representante o Delegado de Perón, pero aun estas instancias fuertemente personalizadas solían estar acompañadas de colegiaturas como las que integraron los Comandos de Exiliados (en adelante CE), la División Operaciones o Comando Adelantado, el Comando Táctico (en adelante CT), la Delegación Nacional del Comando Superior (en adelante DN) y el Consejo Coordinador y Supervisor del Peronismo (en adelante CCS), el

Cuadrunvirato, el Heptunvirato, etc. En lo que sigue, reconstruimos las sucesivas y, por momentos, superpuestas formas que asumió el liderazgo vicario de Perón, vinculándolas a los procesos socio políticos por los que atravesó la Argentina y el peronismo en esa época. Tiempo de exclusión que constituyó al peronismo en un poder político en “estado de espera” (Melón Pirro 2011; Ladeuix, Quiroga, Melón Pirro, 2014).

COMANDOS DE EXILIADOS EN TIEMPOS DE PERSECUCIÓN Y PROSCRIPCIÓN (1955-1958)

Tras el golpe de 1955, Perón y las dirigencias del movimiento se enfrentaron a una situación inédita de vulnerabilidad política. En ese marco el expresidente se abocó a contactar, a través de la correspondencia, los restos dispersos del peronismo. Los servicios de inteligencia vigilaban a sus principales figuras e intervenían en el servicio de correo. Esto llevó a que Perón se viera obligado a contactarse únicamente con los peronistas exiliados. Funcionarios, legisladores, dirigentes gremiales, políticos y militantes tomaron el camino del exilio mediante pedidos de asilo, dirigiéndose principalmente hacia los países limítrofes.

En Panamá, aislado y desterrado, el líder buscó revertir su situación mediante un febril ejercicio de escritura. La aplicó a la producción de artículos para distintos periódicos; la confección de un libro y la práctica epistolar, con la cual buscó tomar contacto con las figuras dispersas del movimiento y crear, sobre esa base, un principio de organización. Al difundirse su paradero, numerosos simpatizantes y dirigentes comenzaron a escribirle, demandándole la mayor parte de su tiempo, constituyendo una auténtica “rebelión postal” o una “conspiración por correo” (Monzón, 2006, p. 33). A partir de esos vínculos, Perón buscó dar organicidad a las comunidades exiliadas y definir objetivos estratégicos para ellas. Para sortear la censura utilizaba distintas direcciones, un sistema de claves y seudónimos.

De este momento data el CSP, piedra basal de la organicidad peroniana en el exilio, de la que emanaban las decisiones estratégicas, tales como designaciones y expulsiones de dirigentes, directivas, firma de acuerdos y revisión de decisiones adoptadas por otros organismos. Su control estuvo siempre en manos de Perón, miembro permanente del CSP, a quien acompañaron circunstancialmente otros dirigentes.

Por entonces tomó contacto con John William Cooke, quien se convertiría en un interlocutor privilegiado de la primera etapa del exilio. Tras el recrudecimiento del control interno, Perón comenzó a buscar cauces alternativos para la comunicación con los restos dispersos del movimiento. Así, en base a los contactos establecidos pergeñó la idea de crear Comandos en los países donde contaba con núcleos afines, con figuras nuevas o antiguas. Las

denominaciones frecuentes fueron: “Comandos de Exiliados”, “Comandos de Países Limítrofes” o “Fuerzas Peronistas en el Exilio”. Así surgieron grupos en Chile, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Brasil. En abril de 1956, Perón mencionaba, además, la existencia de grupos en Venezuela, México, Cuba, Italia, Alemania, España, Líbano y Siria. Sabemos también que, en Washington, Madrid, Berlín y La Habana, hubo núcleos pero allí no se formalizaron organizaciones.¹A cada Comando les fue asignada una zona del país, siendo que su función esencial era establecer vínculos y comunicaciones con las organizaciones sindicales, militares, políticas de la resistencia que actuaban en Argentina. Otra tarea era producir informes de situación para remitir al CSP. En la concepción del líder, los CE eran organizaciones intermedias entre la masa y su dirección. La finalidad de “saturar la masa peronista combatiente” con mecanismos rápidos de comunicación resultaba central. En marzo de 1956, los puso en contacto, les dio las directivas para su organización y les propuso que se autofinanciaran. En ocasiones recibieron remesas de la DO o del CSP.

Colaboraron en la difusión de las directivas de enero de 1956 las ediciones locales de la obra *La fuerza es el derecho de las bestias*; la distribución de las “Síntesis de las instrucciones generales para los dirigentes peronistas” (marzo de 1956); la difusión del “Mensaje para los Compañeros Peronistas” y la “Declaración del Movimiento Peronista” (abril de 1956). En la segunda mitad de 1956, la tarea que más preocupaba a Perón era la difusión de las “Directivas para todos los peronistas” y las ya citadas “Instrucciones generales para los Dirigentes”. En otro orden, en base a la actividad de estos grupos, el líder exiliado planeaba acercarse a Argentina e instalarse en Chile o Bolivia. Consideraba que estaban organizados los enlaces y en capacidad de desarrollar las comunicaciones necesarias para paralizar al país, bajo el diagnóstico de una descomposición progresiva de la dictadura militar que le permitiría su retorno. Fue en ese momento en que Perón hizo pública designación de Cooke como delegado-heredero. Tras la fuga de la cárcel de Río Gallegos en marzo de 1957 y su instalación en Chile le fue entregando las riendas de la conducción directa de los CE y de los organismos de resistencia del país. Estando en Caracas, Perón reconoció una nueva figura de intermediación entre el CSP (integrado por él y Cooke) y las huestes peronistas en el territorio nacional: el Comando Adelantado del Comando Superior Peronista.²

¹ Los referentes de dichos CE fueron: Claudio A. Francia y Fernando García Della Costa en la Paz y Alberto Iturbe en Cochabamba; Eduardo Colom en Montevideo; Modesto Spachessi en Río de Janeiro; Francisco Luco, Julio Guizzardi y Cooke en Santiago y Agustín Puentes en Asunción.

² Estuvo integrado por Cooke, José Espejo, José Gomis Saúl Hecker y Ramón Prieto. La representación del CA en Buenos Aires era cumplida por Jorge Cooke y Adolfo Cavalli.

Bajo la dependencia de Cooke los CE siguieron funcionando a pesar de sus problemas internos. El CSP planificaba una reunión de sus referentes en Caracas, luego postergada para junio y más tarde suspendida por estar “cantada”. Con el tiempo, los CE comenzaron a difundir el ideario peronista en los países de actuación y a trasladar material explosivo o armas desde los países limítrofes hacia la Argentina. Los CE sufrieron limitaciones que aumentaron tras el fallido atentado a Perón y la proximidad de las elecciones de julio de 1957. En todos los países limítrofes se hicieron protestas por sus actividades y pedidos de “internación” o “confinamiento”. Ello significó razias, detenciones y traslados, bajo modalidades diferentes según los países. Al transmitir la orden para las elecciones de convencionales constituyentes de julio de 1957, Cooke debió improvisar envíos por correo y el viaje de emisarios para garantizar las comunicaciones hacia las distintas zonas del país. Los resultados electorales mostraron, además de la persistencia del peronismo, el funcionamiento de mecanismos de comunicación y articulación que hacían posible neutralizar la propaganda gubernamental, del frondicismo y del neoperonismo.

Fue a partir de allí que comenzaron las especulaciones políticas sobre la futura elección nacional, convocada para febrero de 1958. Desde el CA redactaron un documento que fue enviado a Perón (Prieto, 1963: 74). Con su aprobación fue remitido a referentes de los comandos del país, causando cierta resistencia. El denominado CA mutó en División de Operaciones (en adelante DO), un núcleo sólidamente formado y dedicado a tiempo completo a la acción política.

El CSP (Perón y Cooke) no descartaba ninguna alternativa, por lo que al mismo tiempo que se desarrollaban las negociaciones no se interrumpieron las acciones de los CE en cuanto a información, de transmisión de comunicaciones, sumándole la planificación de operaciones (“Elefante” y “Belfast”) que proponían crear una “zona liberada” con la toma de localidades, el copamiento de un cuartel militar y comisarías, huelgas, movilizaciones con el colofón del traslado de Perón a esa zona. Esas iniciativas quedaron sin efecto al encaminarse el acuerdo de Perón-Frondizi, generando una opción política para finalizar con la dictadura militar (Melon Pirro y Pulfer, 2021, p. 5). De ese modo, en el momento que el epicentro de la acción del peronismo pasó al territorio nacional, con la perspectiva de las elecciones de 1958 y de una posible reorganización del peronismo, el papel de los CE fue diluyéndose.

LA AMPLIACIÓN DEL ORGANIGRAMA DURANTE EL FRONDIZISMO (1958-1962)

-Comando Táctico

Por la Resolución 1/57 fue creado el CT (28 de diciembre de 1957), en base a un informe de la DO. Tenía como funciones organizar y coordinar la actividad del Movimiento Peronista en todo el territorio nacional; difundir las directivas del CSP, manteniendo contacto permanente con los organismos gremiales y políticos que lo integraban. Gozaba de cierta autonomía funcional, encargándole la redacción de su propio reglamento y la creación de las secretarías que estimara convenientes. Además, estaba a cargo de la creación de subcomandos en todo el territorio nacional. Doce miembros constituían el Comité Ejecutivo que debía ejecutar las resoluciones del CSP y del CT; mantener enlace permanente con el CSP y asumir la representación del CT.³El peronismo sectorial y territorial iba ganando fuerza a la vez que se opacaban los mecanismos de intermediación utilizados por Perón hasta el momento: la delegación de Cooke, la División de Operaciones y los CE.

La decisión se enmarcaba en la necesidad de transmisión e implementación de las directivas del CSP para las elecciones y la reorganización partidaria. Esta instancia marcó el declive de los CE, junto con la posibilidad de un retorno progresivo de los exiliados al país, tras la normalización institucional y la posterior amnistía.

La DO debía actuar como una extensión del CSP pero sin intervenir en las tareas concretas de reorganización partidaria y movimientista que quedaban a cargo del CT, una densa red de dirigentes sindicales, políticos y de la resistencia, que incluían la representación femenina que superaban los 100 miembros. La composición de estas fuerzas, el grado de representación, su inserción territorial y la combatividad expresada en acciones de la resistencia, fueron los criterios utilizados para la selección de los miembros.

Tras el cónclave peronista de Caracas y a pesar de la opinión mayoritaria de los asistentes en favor de una fórmula de cuño neoperonista, Perón se abstuvo de opinar y tiempo después dio aviso a Cooke y su pequeña división que las negociaciones con Frondizi continuaban. Eso implicaba el traslado de Frigerio a Caracas para concretar el acuerdo.

Tras la decisión del pacto, Perón se encontraba ante la necesidad de transmitir fehacientemente la orden de votar por la fórmula encabezada por Frondizi. A la vez, en el país, las fuerzas asociadas al peronismo habían ido recuperando posiciones: el sindicalismo había salido airoso de la intervención, había recuperado gremios y representaba a la mayoría; el sector

³ Fueron designados para integrar el CT (entre otros): Oscar R. Albrieu, Andrés Framini, Eleuterio Cardozo, Alberto L. Rocamora, Manuel Carullias, Armando Cabo, Pedro Bidegain, Carlos René Orsi, Pedro Conde Maddaleno, José Alonso, Adolfo Cavalli, Fernando Torres, José Figuerola, Jorge Cooke, Enrique Osella Muñoz, Amado Olmos, Alejandro N. Leloir, Audelina de Albóniga, El Comité Ejecutivo del Comando Táctico Peronista estuvo encabezado por Oscar R. Albrieu, Alberto Rocamora, Eleuterio Cardozo y Andrés Framini.

político, más allá de la persecución y los intentos neoperonistas, se mantuvo en comunicación con el CSP sosteniendo su alineamiento y el sector femenino, aún con dificultades internas, buscaba hacerse escuchar en un contexto de creciente liberalización. La juventud se había ido organizando, generando agrupaciones, centros y ateneos, pero no había alcanzado una madurez suficiente para ser tomada en cuenta en el reparto político.

Las tareas del CT se pusieron a prueba ante las inminentes elecciones. Un miembro de este organismo fue el portador de la orden de votar por Frondizi. Perón escribió mensajes sucesivos al Comando local argumentando las razones por las cuales, en esa coyuntura, resultaba necesario hacerlo. Las oficinas del CT sufrieron dos atentados entre las elecciones y la asunción de Frondizi. En ese momento el organismo asumió la tarea de desarrollar el programa de acción política, social, económica y cultural del Movimiento, ejecutar todas las acciones de orden jurídico y administrativo conducentes a la recuperación del patrimonio del Partido, proteger sus derechos y organizar el Movimiento Peronista en todo el país, promoviendo la afiliación partidaria y la elección de autoridades.

A partir de ese momento el CT estuvo integrado por: a) El Plenario; b) El Comité Ejecutivo; c) El Tribunal de Honor, y sus principales tareas políticas orientadas a la organización de las Juntas Promotoras del Partido Justicialista en cada provincia y mantenerse expectante en relación al cumplimiento de los acuerdos tejidos con Frondizi.

Al cumplirse el tiempo estipulado para el cumplimiento de lo pactado, desde Santo Domingo, Perón llamaba a organizar campañas por la aparición del cadáver de Eva Perón, denunciar la carestía de la vida y reclamar por la legalización del peronismo. El CT organizó actividades para el 9 de junio. Una misa en el Gran Buenos Aires y una marcha en Mendoza en la que participó Oscar Albrieu. El 26 de julio organizaron movilizaciones que produjeron serios enfrentamientos con la policía, además de misas y celebraciones religiosas.

La complejidad de líneas internas y representaciones sectoriales y territoriales del peronismo espejaban con la del contexto institucional, que si bien había extendido los márgenes para la actuación política no habían alcanzado a la normalización de la CGT ni mucho menos al reconocimiento del Partido Peronista.

Ello llevó a que Perón, en agosto de 1958 mediante la Res. CSP 20/58, relevara al CT y lo reemplazara por una estructura menos numerosa y más ágil que denominó Delegación Nacional (Res. CSP 21/58). Para concretar la determinación envió una carta al CT, fechada en Ciudad Trujillo el 10 de agosto, en la que anunciaba “las nuevas formas de la conducción del Movimiento Peronista”. El “órgano del Movimiento Peronista” *Línea Dura*, bajo la dirección de María Granata, anunciaba el inicio de una “nueva etapa”.

-Delegación Nacional

La DN estaba integrada por el jefe de la DO y quince delegados.⁴ Si bien la tarea de coordinación ejecutiva quedaba en manos de Cooke, del sector político del peronismo, la configuración de la DN mostró el predominio sindical mediante la designación de las cabezas visibles de la CGT Auténtica. Se le asignó la dirección de “todas las organizaciones clandestinas y de superficie del Movimiento”. Debía darse su propio reglamento y crear los organismos convenientes para las tareas encomendadas. Por una resolución posterior (22/58), Perón asignó las tareas de afiliación a tres Comisiones Nacionales Inscriptoras. La Comisión Gremial debía constituirse con representantes propuestos por las 62 organizaciones y por la CGT Auténtica, por partes iguales. Las Comisiones Política y de la Resistencia debían albergar referentes de ambos grupos. La Comisión Femenina también debía reunir representantes de los sectores políticos y de la resistencia, por partes iguales.

De ese modo, Perón simplificaba la estructura de mando en el territorio nacional, seleccionando a un grupo representativo de las diferentes ramas que se habían destacado en el período posterior a 1955 y que ya habían integrado el CT. Trascendidos periodísticos señalaban que Cooke se trasladaría a Buenos Aires para tomar la conducción del nuevo organismo (lo cual no sucedió porque pesaba sobre él un pedido de captura por la fuga de Río Gallegos). Desde fines del año 1957 residía en Montevideo, desde donde se trasladaba a diferentes puntos del continente, desarrollando la tarea política que le encomendaba Perón. Cooke relataba a Perón los efectos de la medida de reestructuración al interior del Movimiento Peronista: convulsiones internas (reunión de 50 miembros del CT disuelto, impugnación de la figura de Prieto, constitución de una comisión investigadora de sus bienes, descargo del interesado); cuestionamientos a las referentes del sector femenino; asambleas en adhesión a Prieto por su actuación durante la dictadura y planteos a Elena Fernícola por la escasa representatividad en su sector y bajo compromiso en tiempos de la resistencia (Eguren, 2023: 332).

A esa realidad se sumaba el aprovechamiento que realizaban el gobierno y los “gorilas” de las crisis internas. El Diario *La Razón*, dirigido por Jacobo Timerman, señalaba que los desplazados del CT eran los representantes de la “línea blanda” dados a negociar con el gobierno. Ante ello, quienes se sintieron aludidos –Albrieu y Rocamora– generaron un manifiesto para deslindar responsabilidades que reprodujeron varios medios gráficos.

⁴ Quedó integrado del siguiente modo: John William Cooke, Andrés Framini, Armando Cabo, Dante Viel, José Alonso, Amado Olmos, Avelino Fernández, Eleuterio Cardoso, Manuel Carulias, René Orsi, Oscar R. Bidegain, Juan Puigbó, Ramón Prieto, Ana Macri, Elena Fernícola y Audelina S. de Albóniga.

La DN creó las Comisiones Nacionales Inscriptoras con miras a la organización del partido, recuperando el recorrido de las juntas promotoras provinciales, que ya habían elegido a sus representantes en tiempos del CT. Junto a estas tareas políticas, Cooke quería intervenir en el ámbito gremial para planificar la recuperación de los sindicatos, con el objetivo estratégico de la toma de la CGT “por hombres de probada lealtad”.

El 27 de agosto sesionó la DN. El 29 de agosto comunicó que ya contaba con su reglamento y había creado cuatro secretarías: Administrativa, Organización e Interior, Prensa y Difusión y Finanzas. Al mismo tiempo señalaban que las Comisiones Inscriptoras se integrarían con auténticos representantes de los sectores. Convocaban, adicionalmente, a los referentes de los periódicos que “sustentan nuestra corriente política” para que integren la Comisión Política y de la Resistencia, otra instancia que no figuraba en las proyecciones iniciales.

La DN intervenía en los temas de la agenda política. Por ejemplo, la concurrencia a las urnas ante el eventual llamado a elecciones provinciales (La Pampa y Misiones). Ante ello la DN publicó un comunicado en el que reiteró la voluntad concurrencista (10 de septiembre de 1958). Esa línea se confirmó con la gira de algunos miembros en apoyo a los candidatos del peronismo. Otro tema era el debate laica-libre, en el que el CN denunció una estrategia del gobierno para dividir la opinión pública, reivindicó el derecho del pueblo a crear sus instituciones culturales de todo orden y postuló que—en el futuro— las instituciones debían estar independizadas de “las presiones y tutelas que han monopolizado la enseñanza en beneficio de los sectores sociales predominantes por el poder de su riqueza”. En cuanto a sus funciones concretas, el CT envió un comunicado a los Comandos Tácticos Provinciales informando sobre la constitución de las comisiones inscriptoras. El 26 de septiembre la DN hizo pública la integración de las Comisiones Nacionales Inscriptoras a través del “Órgano del Movimiento Peronista” (*Línea Dura*).

Las divergencias de Cooke con Prieto, originadas en sus distintas ubicaciones — Montevideo y Buenos Aires, respectivamente— además de las distintas posiciones en relación a Frondizi obligaron al responsable de la DO a viajar a Ciudad Trujillo en octubre. Su estrella se apagaba. Poco antes, Perón había decidido cambiarlo por el periodista Alberto Campos, director del periódico *Norte*, quien había conocido a Cooke en la cárcel y lo llevó ante Perón para realizarle un reportaje en República Dominicana.

Entre sus funciones, Campos tuvo a su cargo la verificación del cumplimiento del pacto y fue portador de su denuncia pública a mediados de 1959. En todo ese proceso se enfrentó primero con Cooke y luego con Oscar Albrieu, interviniendo también en los trámites de

expulsión del sindicalista Eleuterio Cardozo. Al año siguiente acompañó al ex presidente a España. Pasó algunos meses junto al líder exiliado, su mujer María Estela Martínez y el periodista Américo Barrios, quien entonces oficiaba de secretario personal de aquel. En setiembre de 1960, cuando dejó de ser delegado, Campos volvió a Montevideo al reencuentro de su familia. A diferencia de otras personas que habían desempeñado esas funciones, Campos siempre conservó una fluida relación con el líder del peronismo (Melon Pirro, 2021).

Al comenzar el mes de octubre, desde la DN se comenzó a convocar para un acto masivo para el aniversario del día de la lealtad. Días antes recibieron la notificación de la creación de un nuevo organismo: el Consejo Coordinador y Supervisor.⁵La decisión de Perón buscaba darle apoyo político al trabajo de reorganización partidaria mediante hombres de absoluta confianza. Los asuntos gremiales no eran incorporados en esta directiva.

-Consejo Coordinador y Supervisor y Junta Promotora Nacional

Hacia finales de 1958, el organigrama del peronismo resultaba cada vez más complejo y enredado. Se componía del CSP, la DO (Cooke), el CCS y la DN. Poco después se sumaría a ello la Junta Promotora Nacional del partido, que integraba a figuras del interior del país que manifestaban voluntad de participar electoralmente bajo el liderazgo de Perón, sin generar distancias ni fracturas.

Con la creación del CCS, Perón pretendió contener a las distintas expresiones del movimiento, además de regir sobre la forma en que debería darse la organización partidaria (conculcada desde 1955 pero latente en el nuevo escenario político).Oscar Albrieu, quien estaba en contacto con Perón, pronto comenzó a desempeñarse como secretario del CCS. Contrariamente a lo sugerido por Carlos Aloé –uno de los corresponsales más verticales– Perón no recurrió entonces a un triunvirato ejecutivo sino a un verdadero cuerpo colegiado. La principal característica de esa conformación fue la concesión de espacios a una dirigencia expectante a partir de una instancia deliberativa, dotada de sus propios contrapesos internos, supeditada al arbitraje del Jefe.

La composición y funciones del organismo cambiaron a medida que se tornó más relevante el poder de los liderazgos sindicales o avanzó el proceso de normalización partidaria. De modo que, tanto su actuación como los conflictos que se expresaron en su seno, resultaron altamente reveladores de lo que ocurría “al interior” del movimiento. Significativamente, en la

⁵ En su primera conformación, el CCS estuvo conformado por Carlos Aloé, Oscar Albrieu, Alberto Rocamora, Rodolfo Arce, Manuel Damiano, Julio Troxler, Delia Degliuomini de Parodi, José C. Carros, Pedro San Martín, Fernando Torres, José Parla. Adolfo C. Philipeaux, Juan Carlos Brid, Solari de Bruni y Rodríguez de Copa.

primera versión no estaban representadas las fuerzas del sindicalismo y sí las de la política, las mujeres y la resistencia. Sindicalistas como Andrés Framini y sobre todo José Alonso manifestaron prontamente su preocupación porque el movimiento obrero no fue considerado en esta instancia, a contramano de un sector político sobrerrepresentado. Para ellos, en el escenario previsto de una legalización del peronismo este organismo tendría la función de reorganizar el Partido y se veían en inferioridad de condiciones. Ello obedecía, según instruyó su creador, a que la función del organismo era la de “colaborar” en la dirección táctica, dedicándose exclusivamente a organizar las fuerzas políticas, dejando las sindicales a las 62 y la CGT.

Como vimos, este proceso coincidió con el reemplazo de Cooke por Campos. Dado el carácter colegiado y los propósitos de institucionalización política definidos para la nueva instancia resultó difícil delimitar sus contornos, lo que generó conflictos y demandó explicaciones y arbitrajes por parte del líder. Según definió éste casi textualmente en cartas del 15 y 16 de octubre de 1958, el CCS debía encargarse de la organización de las fuerzas políticas del movimiento, intervenir con sus buenos oficios en la solución de los conflictos, supervisar a la conducción táctica (el Delegado) a fin de que ésta siguiera las líneas generales fijadas por la conducción estratégica (Perón) e informar al CSP (ahora él mismo). Ahora bien, la DN debía a su vez “colaborar” con el CCS sobre la organización del partido (masculino y femenino) “a pedido de este último”. La incumbencia de aquella era la organización de las fuerzas sindicales y el manejo de la resistencia, rubros éstos en los que, por el contrario, el CCS no tenía sino una función de colaboración además de las de “supervisión “ni “autoridad para tomar decisiones que contrariasen las disposiciones de la Delegación”. Al día siguiente se dirigió exclusivamente “a los compañeros” del CCS afirmando la prevalencia del flamante organismo.

En su primera etapa el CCS se ocupó de llevar adelante la oposición crítica al gobierno de Frondizi. Así se manifestó a fines del año 1958 en un lapidario documento. Tras la toma del frigorífico Lisandro de la Torre la actitud del CCS fue vacilante y se distanció de quienes apoyaban de manera abierta el levantamiento de Mataderos. En mayo de 1959 Perón definió la reorganización general del organismo, que consistió en la designación de representantes del sindicalismo y un recambio entre los dirigentes de la rama política (Melón Pirro, 2017).

Durante la segunda mitad de 1959 la labor del CCS buscó esmerilar al gobierno de Frondizi a través de diferentes acciones y declaraciones, tales como la denuncia unilateral del pacto, la condena a los crecientes impedimentos oficiales a la actividad del peronismo y la defensa del voto en blanco. Dicha táctica electoral respondió a la prohibición del Partido Justicialista y fue promovida por Perón de cara a los comicios provinciales de 1959 y las

elecciones legislativas nacionales de marzo de 1960. En su carácter de voceros del líder exiliado, los dirigentes del CCS se trasladaron a las provincias para asegurar el cumplimiento de sus directivas, resistidas por los (amplios) sectores concurrencistas.

Las elecciones de marzo de 1960 pusieron a prueba la táctica del voto en blanco. Aunque el peronismo superó las marcas del oficialismo, el resultado no mermó las incertidumbres respecto al futuro del “votoblanquismo”. En ese marco el CCS desarrolló una actividad limitada en razón del creciente faccionalismo entre los sectores internos, que pugnaban en torno a dicha táctica, y el avance del contexto represivo. Es que luego de una activa participación en la campaña electoral, la implementación del Plan CONINTES limitó la actuación política (y fundamentalmente, partidaria o electoral) del peronismo. Las detenciones de dirigentes y los allanamientos arreciaron, afectando fuertemente la actividad del movimiento proscrito.

Las elecciones legislativas nacionales en la Capital Federal (febrero de 1961) fueron un hito clave de este proceso. Como respuesta al mantenimiento de la proscripción, Perón manifestó su apoyo al ex dirigente radical Raúl Damonte Taborda. Dominado por los “duros”, el CCS desobedeció la directiva del líder y, al igual que las 62 Organizaciones, se pronunció a favor del voto en blanco, situación que dispersó el voto peronista y favoreció el triunfo del dirigente socialista Alfredo Palacios (Melon Pirro y Darío Pulfer, 2023; Arias y García Heras, 1993:102). Las desavenencias con la conducción del movimiento en Argentina convencieron a Perón de reorganizar el CCS para volver a alinearlos en la dirección indicada desde el exilio, tarea encomendada a Barrios. Hombre de confianza del ex presidente, con quien compartía la cotidianeidad desde la etapa venezolana del exilio, Barrios fue designado “Delegado del CSP en Montevideo” y se trasladó a la capital uruguaya para conducir la reorganización (Barrios 1964, p. 144). Talento escritor y fiel compañero de Perón, Barrios no tenía experiencia política y desconocía el enrevesado mapa interno del movimiento. De allí que, por su intermedio, fuera Alberto Iturbe el elegido por Perón para llevar adelante la reorganización.⁶

Pautada en Montevideo con Barrios y, a través del intercambio epistolar, con Perón, Iturbe tomó las riendas del proceso reorganizador. De acuerdo al líder, era necesario tomar medidas para evitar las divisiones “provocadas por cosas pequeñas de los hombres pequeños” y trabajar para “alcanzar una unidad que necesitamos para un mejor proceder de conjunto”. Esto requería la separación de los elementos díscolos, para lo cual debía “reunirse todos los que sean solución, descartando a los que no lo sean [...] para establecer [...] una línea de acción de

⁶ Durante el “peronismo clásico” Iturbe fue gobernador de Jujuy (1946-1952), senador nacional y ministro de Transportes. Luego del golpe se exilió en Bolivia y fue una figura relevante de los CE. Participaba del CCS desde la reorganización de mediados de 1959 (Lichtmajer, 2021).

la que nadie debe apartarse en el futuro”.⁷ La reorganización se formalizó mediante una resolución de Barrios, en representación del CSP. Los considerandos de la medida eran reveladores del panorama de desarticulación, al plantear la necesidad de reconstituir un organismo cuya “acefalía y desintegración” fueron provocadas por la “prisión, la persecución y exilio al que han debido recurrir algunos de sus miembros para ponerse a salvo de la arbitrariedad con que se persigue a quienes defienden la causa del Pueblo y de la Patria”, así como por las “renuncias presentadas para facilitar la reorganización”.⁸ La selección de los integrantes se basó en acuerdos con las organizaciones sindicales, las dirigencias provinciales y el propio Barrios, quien monitoreó las tareas desde Montevideo. Las decisiones estuvieron sujetas a la aprobación final de Perón, quien también definió el organigrama y las cuotas de representación por sector.

Tras arduas negociaciones, el nuevo Consejo se conformó en mayo de 1961. La Mesa Directiva, compuesta por nueve secretarios, tuvo representación igualitaria entre los sectores sindicales y políticos, que designaron cuatro miembros cada uno, mientras que la rama femenina contó con una representante. En consonancia con su protagonismo en el proceso formativo del Consejo, Iturbe fue elegido secretario general, lo cual respondía también a la aspiración de Perón por recuperar el liderazgo de la rama política y neutralizar, de esa manera, el fortalecimiento de los partidos neoperonistas.⁹ Se avecinaba una sucesión de comicios provinciales que culminarían en las cruciales elecciones de marzo de 1962, volviendo imperioso refrendar la autoridad de Perón y contener las fugas de dirigentes. De acuerdo al expresidente, era necesario reforzar la organización, abandonar el voto en blanco y adoptar una mayor flexibilidad a la hora de definir las alianzas electorales. La promoción de dicha estrategia, basada en una búsqueda de unificar filas con los partidos neoperonistas mediante la conformación de un “Frente Justicialista”, guio las acciones del Consejo entre mediados de 1961 y las elecciones de marzo de 1962.

La primera tarea era recomponer las Juntas Promotoras provinciales. Paralelamente a la activación de las Juntas en todo el país y la búsqueda, no siempre fructífera, de acuerdos al interior de cada distrito, una tarea central del Consejo fue la negociación con las dirigencias neoperonistas a nivel nacional. La consigna era sumar la mayor cantidad de apoyos posibles, incluidos los de dirigentes que podían generar recelos en el sindicalismo o en otros sectores de

⁷ Perón a Iturbe, 28/1/1961. Archivo de Miguel Alberto Iturbe (en adelante MAI), c. 1, f. 40.

⁸ Resolución del CSP, 8/3/1961. MAI, c. 1, f. 42.

⁹ Las demás secretarías recayeron en Avelino Fernández, Delia Parodi, Eloy Camus, José de la Rosa, Sebastián Borro, Raúl Matera, Jorge Di Pasquale y Federico Durruty. *La Gaceta*, 6/5/1961.

la militancia.¹⁰ El descontento frente a la posición del CCS, así como las resistencias frente a la hegemonía de los “políticos” en la conducción, reclamo recurrente de los sindicalistas, motivaron la visita a Madrid de una delegación de las 62 Organizaciones (julio de 1961). Tras regresar de Madrid, Amado Olmos, dirigente del gremio de la sanidad, ratificó su descontento frente a la conducción del Consejo, al afirmar que si bien no pretendían “un partido de clase”, lo cual sería la “negación del justicialismo”, exigían una mayor influencia de los trabajadores “en la conducción táctica del movimiento” (Galasso 2005, p. 896).

Este contrapunto perfilaba el conflicto nodal del peronismo de cara a las elecciones de 1962: la definición de la correlación de fuerzas dentro del Consejo, las alianzas y, finalmente, la unción de los candidatos. Como responsable de la conducción táctica del peronismo y representante de los diferentes sectores, el CCS era el encargado de adoptar esas decisiones, aunque la palabra final siempre fue potestad, de manera tácita o explícita, del líder exiliado. En septiembre de 1961 Perón insistió en la conformación de un “Frente Justicialista bien cohesionado y dirigido por el Consejo” y enumeró sus gestiones para “persuadir a todos nuestros amigos sobre la necesidad de pasar por alto la resistencia a ciertas personas en favor de la unidad”. Poner en práctica esas directivas tenía visos de proeza en el tormentoso panorama interno de fines de 1961, conflicto que hizo eclosión en las trascendentales elecciones de marzo de 1962.

Las disyuntivas frente a los comicios de marzo signaron la trayectoria del peronismo, que se debatió entre la abstención y la concurrencia. A mediados de enero Perón ungió al dirigente textil Andrés Framini como candidato a gobernador de Buenos Aires. Este gesto empoderó al sector sindical “duro”. A fines de enero Perón proclamó su candidatura a vicegobernador, lo cual fue interpretado por la historiografía como una estrategia para desencadenar la proscripción de la lista bonaerense, así como reafirmar su liderazgo al interior del peronismo, neutralizando los atisbos separatistas de algunos sectores (Smulovitz 1988, p. 151; Rein 2006, p. 293; Page 2014, p. 351). El veto del gobierno a la candidatura de Perón no afectó al resto de la lista, lo cual enfrentó a las dirigencias a una disyuntiva. Si bien el ánimo concurrencista era mayoritario, el reemplazo de su figura podía interpretarse como un desafío a la autoridad de Perón. Como se desprende de las cartas que el ex presidente envió simultáneamente a Iturbe y al CCS, en las que se pronunció a favor de la abstención, las posiciones titubeantes serían decodificadas en esa clave: “Al ser yo vetado en las actuales circunstancias nos están diciendo que en el futuro no podré ser candidato a nada en el país. SI

¹⁰ Barrios a Iturbe, 27/5/1961. MAI, c. 1, f. 77

EL MOVIMIENTO PERONISTA ACEPTA ESTO ME ESTÁ DICIENDO QUE HA LLEGADO LA HORA DE MI RETIRO”.¹¹

Definida en esos términos, la abstención era un corolario lógico para el Consejo, que se pronunció por unanimidad a favor de aquella en todo el país.¹²Embarcadas de lleno en el proceso de organización preelectoral, las dirigencias provinciales se dirigieron al Consejo para solicitar que se revea la decisión, mientras que las 62 Organizaciones enviaron una delegación para presionar por la concurrencia.¹³En ese marco, el ex presidente volvió sobre sus pasos y habilitó la participación electoral mediante el retiro de su candidatura y la unción de Francisco M. Anglada como vicegobernador de Buenos Aires. Perón justificó esta decisión en función de los “deseos del Peronismo de concurrir a elecciones” y el entusiasmo generado en torno a los comicios, no sin antes agradecer al Consejo por su apoyo a la abstención. La decisión final, sin embargo, fue dejada en manos del Consejo, donde se impuso la moción concurrencista con el apoyo unánime del sindicalismo y la oposición de la rama política, liderada por Iturbe.¹⁴

Como es sabido, en la exitosa *performance* electoral del peronismo en marzo de 1962 y en la subsiguiente anulación de los comicios resulto determinante la victoria de Framini en la provincia de Buenos Aires, lograda mediante el sello de Unión Popular, uno de los partidos del “neoperonismo temprano” que ahora fue apoyado por el Consejo y cuyo creador, el ex canciller Juan Atilio Bramuglia fue beneficiado por la indulgencia de Perón.¹⁵

La administración Guido ratificó la prohibición de actividades peronistas y fue prolífica en la sucesión de modelos de Estatuto de Partidos Políticos, pensados todos en relación al problema peronista pero incapaces –en definitiva– de superar aquella regla con que Guillermo O’Donnell (1972) definiera los límites del juego político entre 1955 y 1966, “los peronistas no pueden ganar elecciones importantes”. Pese a los desenlaces frustrados y a las escasas modificaciones a las fórmulas proscriptivas, las idas y venidas movilizaron a los peronistas cuyas dirigencias, sin que ni los demás actores ni el propio Perón pudieran ignorarlo, participaron de esa situación de “espera”. Dicha gimnasia fortaleció a las dirigencias

¹¹ Perón a Iturbe, 5/2/1962. MAI, c. 1, f. 129. Mayúsculas y subrayado en el original.

¹² La misma tesitura asumieron la CGT Auténtica y las 62 Organizaciones. Perón al CCS, 15/2/1962. MAI, c. 1, f. 136.

¹³ Integraron la delegación Augusto Vandor, José Alonso, Roberto García y Amado Olmos. Sobre la solicitud de las dirigencias peronistas provinciales al Consejo véase *La Gaceta*, 15/2/1962.

¹⁴ Perón al CCS, 15/2/1962, MAI, c. 1, f. 136.

¹⁵ Proscriptos Perón y el peronismo, se oficializó la fórmula bonaerense con Andrés Framini y Marcos Anglada, que concurrió a las urnas dentro del Partido Unión Popular. Junto a otras fuerzas peronistas como el Partido Tres Banderas, fuerte en Mendoza, el Movimiento Popular Neuquino, el Partido Blanco, el Partido Populista en Chubut y Santa Cruz y el mismo Partido Justicialista en Misiones. La fórmula Framini-Anglada se impuso en la Provincia con más de 1.170.000 votos y, sumadas todas estas expresiones partidarias, el peronismo superó a la UCRI y a la UCRP en la suma nacional de sufragios.

provinciales y a los sectores sindicales, en particular al vandorismo, cuyos recursos habían sido decisivos para el triunfo de Unión Popular. Iturbe fue relevado del secretariado del Consejo a fines de abril de 1962, sucediéndolo en el cargo el neurocirujano Raúl Matera, representante de la rama política.

REORGANIZACIÓN PARTIDARIA: DEL CUADRUNVIRATO AL HEPTUNVIRATO (1963-1965)

Antes de la reorganización partidaria de 1964, el CCS fue junto a la DN una caja de resonancia de los conflictos en el seno del peronismo. Cabe destacar que a mediados de 1962 la DN pasó de las manos de Campos a las de Iturbe, quien se desempeñó en el cargo hasta noviembre de 1965 (convirtiéndose en el delegado más duradero a lo largo del exilio). Mucho después de que Albrieu (como tantos otros) fuera desplazado de su centralidad, tras rivalizar con la DN y de que se hubieran concedido espacios a los dirigentes obreros (una docena de los cuales representaba ya en 1962 la mitad de los miembros), Augusto T. Vandor desistió de quedar al frente del CCS, prefiriendo la guarda de su ascendiente en el sindicalismo al frente de “las 62” y a partir de dicho perfil consolidar su influencia en el movimiento.

El CCS, efectivamente, tuvo una activa participación con posterioridad a la anulación de las elecciones de 1962 y repudió la elaboración de un estatuto sobre partidos políticos que seguía excluyendo al peronismo. Raúl Matera, su nuevo secretario, y los políticos y sindicalistas que integraban el cuerpo tendieron puentes y mantuvieron reuniones interpartidarias con algunas de las principales fuerzas no peronistas. Al 24 de abril de 1962 contaba con una mesa ejecutiva compuesta por Matera, Miguel Gazzera, Delia Parodi y Juan Rachini, y varias secretarías en las que estaban integrados los distintos sectores del movimiento. La intensidad del trabajo de constitución de Juntas Reorganizadoras del Partido Justicialista en las provincias fue notable, quedando, con posterioridad a Matera, a cargo de Delia Parodi. Las actuaciones más relevantes del organismo, por algún tiempo encargado de la organización pero también sucedáneo de un aún ilegalizado partido, se prolongaron hasta la frustrada participación peronista en el pergeñado “frente Nacional y Popular” de 1963.

Proscripto el frente y luego de la coyuntural aceptación de la candidatura presidencial por la democracia cristiana por parte de Matera el CCS propició el voto el blanco, que obtuvo un magro 17% en la elección nacional, lo que amenazó con revitalizar el neoperonismo, con participación del rampante vandorismo.

El 19 de julio de 1963 el CSP informó que se había dispuesto la reorganización del Partido Justicialista para lo cual comenzaría nada menos que un proceso de afiliación. Designó

al efecto a una comisión interventora constituida por Andrés Framini, Ilda Pineda de Molina, Julio Antún y Rubén Sosa.¹⁶ Dicha organización, según insistiría en setiembre esta vez ante las 62 Organizaciones, debía ser “de abajo hacia arriba... dando ocasión a que todos los peronistas puedan tener su actuación” (Perón, 1984:239). Lo que comenzó a conocerse como el “cuadrinvirato” inició un trámite tortuoso, confuso e incierto en sus resultados, y debió soportar disidencias como la encabezada por Anglada y la “línea Luján-Las Flores” en el ámbito bonaerense. Perón había designado la comisión, además, sin disolver al CCS, lo cual generó rispideces.¹⁷ La superposición de funciones también generó conflictos con la DN, lo cual llevó a Iturbe a manifestar a Perón su preocupación sobre la marcha de la reorganización y denunciar un apartamiento en la toma de decisiones.¹⁸

En medio de una recíproca denegación de legitimidades entre los actores, no finalizaron los viajes a Madrid, y en uno de ellos Vador presionó al ex presidente hasta lograr la remoción de Sosa. Pronto la Comisión Interventora devino en un “heptinvirato”.¹⁹ Mientras tanto, la jefatura de Iturbe quedaba encargada de conciliar a las partes y de controlar el proceso de normalización justicialista. La resolución del CSP que amplió la Comisión Interventora a siete miembros facultó a Iturbe a “resolver cualquier consulta sobre la interpretación de la presente y anterior reglamentación de reorganización del movimiento, así como a tomar las resoluciones que correspondan”.²⁰ La amplitud de sus competencias no dejaba dudas: aunque la gestión cotidiana reposaba sobre el “heptinvirato”, el rumbo general de la reorganización dependía de la DN. Así lo hizo saber el propio Iturbe al anunciar la composición de la remozada Comisión Interventora y detallar las prerrogativas otorgadas por el CSP.

En vista del enrarecido clima interno, donde las desconfianzas mutuas y la disputa por concentrar prerrogativas entre los organismos florecían, en mayo de 1964 Perón remitió al delegado un escrito titulado “Organización del movimiento peronista”, en el que estableció la fisonomía, funciones y prerrogativas de cada entidad. El documento, poco habitual por su grado de detalle, revela la voluntad de Perón de ordenar el mapa interno, en un contexto desafiante para el movimiento. En sus palabras: “la simplicidad de esta organización habla por sí: si cada uno se dedica al quehacer que le corresponde, obrando, siempre en colaboración y coordinación con los demás, no pueden surgir inconvenientes”. Más una expresión de deseo que una certeza,

¹⁶ *El Mundo*, 19/7/63.

¹⁷ *La Razón*, 22/8/63.

¹⁸ Perón a Iturbe, Madrid, 15 oct. 1963, MAI, c. 1, f. 214.

¹⁹ Los integrantes fueron Framini, Antún (procedentes del “cuadrinvirato”); junto a Parodi, Miguel Gazzera, Juana Matti, Jorge Álvarez y Carlos Gallo.

²⁰ Resolución del Comando Superior Peronista, Madrid, 8 nov. 1963, MAI, c. 1, f. 226.

este pasaje se condice parcialmente con una estructura cuya complejidad lograba percibirse en la letra escrita y cuyas zonas grises y superposiciones brotaban sin pausa en la práctica.

El documento incluía un gráfico en el que Perón ilustraba –a mano y rudimentariamente– la correlación entre los organismos. En la cabeza se ubicaba el CSP, “encargado de la conducción estratégica del movimiento”, con prerrogativas amplias tales como mantenerlo “unido y solidario”, vigilar el cumplimiento de la doctrina y la orientación ideológica, resolver los asuntos de la política internacional y aprobar las “grandes decisiones tácticas”. Estas cuestiones –cruciales– se apoyaban en una particular fisonomía, que daba a Perón carta blanca en la toma de decisiones, en tanto el CSP “estará formado por un número indeterminado de compañeros, designados al efecto y cuyos nombres se mantendrán en secreto”. Del CSP dependía el CCS, encargado de la “conducción táctica”, lo cual implicaba “mantener al Movimiento unido, organizado y solidario”, ejecutar las “misiones” impartidas por el CS, elegir las “formas de ejecución de toda conducción táctica” y “ejercer la autoridad ante las distintas partes que componen el Movimiento, como asimismo de su conjunto”. El CCS se componía de “un número igual de delegados de las distintas ramas del movimiento” (sindical, política y “Formaciones Especiales”), a quienes podía sumarse el “personal adjunto necesario para su propio funcionamiento”. La DN, por su parte, tenía como función principal “mantener el enlace permanente entre la conducción estratégica y la conducción táctica”. Aunque su misión no era “intervenir” en la segunda, debía “supervisarla” para conocimiento del CSP. El delegado era, asimismo, la fuente “de información directa” del CSP y su “preocupación permanente” era lograr el eficaz cumplimiento de sus tareas. Su actividad era múltiple, en tanto debía “aconsejar y dirigir la acción de conjunto en las tareas que se le encomienden”, a cuyo fin podía “auxiliarse con los organismos que considere necesario”. Del DN dependía la Comisión Interventora (cuadrivirato / heptavirato) y el Organismo de Coordinación, entidad “formada por el delegado” (léase: unipersonal o colegiada), cuyo objetivo era “facilitar el cumplimiento” de las funciones de la DN y descentralizarlas con el fin de “atender numerosos asuntos”. Fungía, así, como una suerte de “rueda de auxilio” de la DN. El organigrama se completaba con las tres ramas del movimiento, dependientes, como señalábamos, del CCS. La rama sindical estaba conformada por el “Movimiento Obrero Peronista” y era comandada por las 62 Organizaciones (incluida la UTAP –Unión de Trabajadores Agremiados Peronistas–), la rama política se componía del PJ en sus ramas masculina y femenina, y las Formaciones

Especiales estaban integradas por las “organizaciones colaterales clandestinas con misiones especiales en cada caso”.²¹

En ese marco, el proceso de organización partidaria que discurre entre enero y julio de 1964, cuando por fin se llevaron a cabo elecciones internas en muchos de los distritos del país, puede registrarse como una crónica cuyos resultados—no por anunciados— fueron inequívocos en sus conclusiones. La relativa supremacía de los candidatos vandoristas no inhibió, sino todo lo contrario, los cuestionamientos. Por el contrario, cada medida del delegado del CSP (Iturbe), cada denuncia de quienes no se resignaban a ir “por adentro”, cada redefinición de Perón, y cada pronunciamiento del ascendente Vandor y de sus rivales reveló cuan ardua era la lucha interna en un peronismo que prometía a sus seguidores constituirse en partido político y que esperaba que la hostilidad y ambigüedad de enemigos y adversarios se resolviera, luego, a favor del levantamiento de las inhibiciones a la participación electoral.

Las elecciones internas en el justicialismo se realizaron en varios distritos durante julio de 1964, y a fines de dicho mes se lograría inclusive la reunión de los congresos partidarios en la Capital Federal y en la Provincia de Buenos Aires lo que redundó en un fuerte enfrentamiento entre las agrupaciones de Villalón y Framini, autodenominadas “revolucionarias” y los dirigentes triunfantes. Perón, en tanto, decidió en nombre del CSP convalidar a las autoridades surgidas en estas y otras jurisdicciones y reconocer como única autoridad partidaria a la Junta Ejecutiva Nacional y su Secretariado y al Congreso Nacional. Se trataba de un espaldarazo para las filas vandoristas, ya en franca alianza con el delegado Iturbe: el secretario general electo fue José H. Martiarena, delegado por la provincia de Jujuy y aliado histórico de aquel. A la vez, Perón recordó en el mismo documento que las “únicas directivas válidas para los organismos de conducción táctica mencionados” eran las del CSP, “cuya autenticidad será establecida por ser comunicadas por la DN” que ejercía Iturbe.²²

No obstante, había significativos indicios de que el Partido Justicialista como tal no podría participar de la contienda electoral desde el momento posterior a la normalización. En aquel momento Framini aprovechó dichos del presidente Illia en un sentido que afirmaban que para el peronismo no habría por el momento salida electoral y que “esa era una cuestión entre el Ejército y el Justicialismo” para lanzar, con el apoyo de los combativos dirigentes sindicales Sebastián Borro y Jorge Di Pasquale, el “Movimiento Nacional Revolucionario Peronista”. El

²¹ Perón, “Organización del Movimiento Peronista”, Madrid, 20 may. 1964, MAI, c. 1, f. 268.

²² Juan Perón, CSP, Madrid, 20 de agosto de 1964. Dos días después el mismo Perón dirigió una carta de justificación de las medidas al “compañero” Hector Villalón. Perón a Villalón, 22 de agosto de 1964. Citado por Marta Curone en <http://movimientoperonista.com/martacurone/alservicio/22-EI%20MRP.pdf>

dirigente, que venía de denunciar al vandomismo y a Iturbe de ser financiados por Frigerio (quien estaría pensando en una reedición del “pacto” asumiendo que el justicialismo no podría intervenir autónomamente) llamó a “darle pelea a quienes sean, llámense Consejo Coordinador, 62 organizaciones, heptunvirato o gobierno”.²³

Si la pretensión de Perón de controlar el justicialismo chocaba con esta realidad, los neoperonistas –Vandor incluido– lo hacían con los alcances de la proscripción y con los movimientos internos que no cejaban con la relativa pérdida de influencia del liderazgo remoto. En ese marco, el fracaso de la “Operación Retorno” constituyó un hito clave en la trayectoria general del peronismo en el exilio, con fuertes implicancias en el conflicto entre Perón y Vandor. Se profundizaron los cuestionamientos a la conducción vandomista, encarnada tanto por el sindicalista como por sus aliados en el organigrama del movimiento (CCS, DN, 62 Organizaciones) y en el flamante Partido Justicialista. Las elecciones legislativas de 1965 mostrarían la vitalidad del movimiento proscrito, así como la percepción de un peligro mayor en una proyección nacional de esos resultados. Se combinaron en las elecciones un refuerzo del vandomismo, que dominó las listas de Unión Popular, con un desempeño aceptable de los partidos neoperonistas. Este escenario generó lecturas encontradas en Perón, al reflejar tanto un grado importante de cohesión y el aislamiento de los sectores contestatarios como un creciente poder del vandomismo.²⁴

Para neutralizar la creciente influencia del dirigente metalúrgico, el expresidente promovió la Junta Coordinadora Nacional, organismo amplio que reunió 26 integrantes en representación de las 62 Organizaciones, la CGT, el PJ, la UP, partidos neoperonistas, las tres ramas del peronismo, los grupos juveniles y los bloques legislativos.²⁵ Esto le otorgaba, en palabras de Perón, un “grado de representatividad insuperable”.²⁶

En octubre de 1965, el viaje de María Estela Martínez a la Argentina aceleró los tiempos del conflicto, largamente incubado, entre Perón y Vandor. Como es sabido, su llegada puso al vandomismo en la disyuntiva de plegarse al liderazgo remoto, que Perón buscaba recrear por *interpósita persona*, o formalizar la ruptura construyendo un polo de poder autónomo. El conflicto fue escalando en forma paulatina hasta la que (según se suele afirmar) fue su batalla final: las elecciones mendocinas de abril de 1966 y la derrota vandomista. En ese tránsito de recelos y desconfianzas mutuas, el plenario de la Junta Coordinadora Nacional (octubre de

²³ *La Razón*, 30/7/64

²⁴ Galasso, Norberto, *Perón*, 958.

²⁵ Iturbe a Perón, Buenos Aires, 17 sep. 1965, Archivo General de la Nación (Intermedio), Buenos Aires, fondo “Juan Domingo Perón en el exilio” (en adelante JDP-AGN), c. 16.

²⁶ Perón a Parodi, Iturbe, Vandor, Framini y Lascano, Madrid, 5 oct. 1965, MAI, c. 2, f. 42.

1965) fue un episodio de relevancia, al escenificar la rebeldía de la conducción vandorista local contra la esposa del expresidente.²⁷ Luego del plenario, el organigrama del movimiento asistió a un importante reordenamiento que implicó la salida de Iturbe de la DN (luego de tres años), lugar que fue ocupado transitoriamente por María Estela Martínez y luego por Jerónimo Remorino. Con este nuevo capítulo del conflictivo transitar del organigrama peronista se cierra la reconstrucción –aún preliminar– de esta faceta clave de su trayectoria en el exilio.

CONSIDERACIONES FINALES

La reconstrucción de las mediaciones organizativas que se dieron Perón y el peronismo durante la primera década de proscripción permite plantear algunas líneas de continuidad en el estudio. En una clave propositiva, esto nos permite profundizar la comprensión de un período rico y crecientemente estudiado y sugerir algunos problemas de investigación que podrían complementar la trama organizativa que hemos esbozado.

En las memorias y en la historiografía se vislumbran dos ejes vinculados a la producción simbólica y política que conviene rescatar, en tanto constituyen la argamasa que da sentido al conjunto. Por un lado, la cuestión asociada al llamado “mito Perón”, categoría utilizada tanto por algunos de sus partidarios como por sus detractores. La pervivencia de esa identidad política, depositando en algunos elementos de orden legendario una esencia que habría permanecido inmutable a lo largo del tiempo, quiso explicarse a través de esta categoría. La reconstrucción de los registros asociados a esa idea y su trayectoria permite analizar los discursos del período así como el peso de ese concepto en actores concretos. El imaginario antiperonista vinculó el fin del mito con la propaganda de denuncia, la continuidad de la exclusión de la escena política o la desaparición física de Perón. Reconstruir esta producción y circulación en el campo empírico, recuperando las prácticas concretas asociadas a la administración del carisma y su reproducción nos daría otros horizontes de búsqueda. Permitiría, también, poner en el terreno de la historia ese tipo de conceptualizaciones. “Mito” o “carisma” mediante, se trató también de “representación”, y de este modo hemos creído conveniente apuntar los mecanismos de intermediación que se fueron complejizando a medida que pasaban los años, constituyendo un engranaje clave en el funcionamiento del peronismo en la proscripción. Como contrapartida, las disputas florecieron recurrentemente y resultaría interesante analizarlas en el marco de los conflictos territoriales, institucionales y políticos de la dinámica real de cada período.

²⁷ Junta Coordinadora Nacional del Peronismo, Informe n° 1, Buenos Aires, 16 nov. 1965, JDP-AGN, c. 6.

Como pudimos observar, la autoridad carismática y tradicional de Perón fue puesta en juego y finalmente revalidada total o parcialmente en cada instancia política. Uno de los elementos a tener en cuenta y sin que medie paradoja en ello –baste recordar que los “tipos ideales” son precisamente tales, es decir, no existen en estado “puro” como casi nada en la historia– es la necesidad de un sucedáneo de la dimensión legal racional, expresado en las dinámicas formas organizativas que hemos considerado y que abarcan desde la constitución más o menos descentralizada de Comandos hasta la clásica figura del Delegado, pasando por los múltiples Consejos o Comisiones. Se trató de formas que tanto desde la cúspide como por los intermediarios y la participación de representantes de los distintos sectores, estuvieron orientadas hacia la búsqueda de legalidad. Esta consideración involucra de modo positivo no solo a políticos y sindicalistas, sino hasta a los actores más radicalizados o relacionados con la acción directa –como la resistencia– y, en tono más especulativo, a las mismas bases de seguidores de la autoridad “carismática” en el exilio. En efecto, la legalidad del movimiento peronista en general, y la reorganización del partido en particular, fueron un norte que no debe ser soslayado. En dicha situación, tal cual hemos procurado demostrar, la intermediación fue un factor esencial en la dinámica existencia del peronismo y sus formas determinantes o representativas de las ecuaciones de poder al interior del movimiento proscripto.

Otra cuestión se vincula al carácter cambiante de las directivas del líder, muchas veces absolutizado como clave de comprensión de las modificaciones de estrategias o de los elencos políticos elegidos. En este caso, convendría estudiar con mayor profundidad la cuestión, poniéndola en diálogo con los contextos y encrucijadas concretas que debieron afrontar no solo Perón sino también sus huestes (dirigentes, sectores intermedios y masas) en ese proceso. En una dirección semejante, el análisis aquí esbozado invita a mirar con mayor detenimiento y profundidad las múltiples interpretaciones a las que daban lugar los mensajes de Perón, sus claves de lectura y sus usos partiendo de las trayectorias, experiencias y marcos de referencia de personas, grupos y organizaciones. En este plano, sería bueno considerar a los organismos como espacios de disputa y confrontación, no solo sobre las estrategias políticas a seguir sino como espacios de creación simbólica de los horizontes de desenvolvimiento del mismo peronismo. Desde esa misma clave propositiva, nos interesa dejar planteada la posibilidad de analizar la continuidad o no de los planteles que integraron los sucesivos organismos, recuperando las trayectorias de quienes tuvieron un rol constante en estos años, sus orígenes y derroteros posteriores.

Otro eje se relaciona con las formas de intermediación en relación a las escalas de análisis involucradas en la trayectoria del peronismo proscripto, al descentrar el foco de la

figura de Perón e incorporar las múltiples espacialidades (local, nacional, transnacional) y redes involucradas en su derrotero.

La trayectoria de una institucionalidad sustituta y dinámica tuvo diferentes manifestaciones en esta década inestable. Entre sus funciones destacamos la necesidad de contener y expresar a los diferentes sectores del peronismo con un propósito organizativo, necesidad que no derivaba solamente de contar con un instrumento electoral (posibilidad menoscabada o directamente inhibida una y otra vez). Esa institucionalidad fue buscada de manera continua por Perón y por las dirigencias sindicales y políticas del peronismo, mediante un ejercicio constante de la acción política. La irrupción súbita de un congelamiento democrático que incluyó a todos los partidos, impuesto autoritariamente por Onganía, clausuró solo por un tiempo esos intentos, que se reeditarían ante la reapertura política de la “Revolución Argentina”, antesala del retorno definitivo de Perón a la Argentina, la clausura de su largo periplo en el extranjero y el turbulento transcurrir de su tercera presidencia. La intermediación, tal como fue concebida en estas páginas, perdería sentido en función de la presencia física del líder, modificándose las instancias de participación y representación de los actores políticos y sociales ligados al peronismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Amaral, S. & Ratliff, W. (1991). Juan D. Perón. Cartas del exilio. Buenos Aires: Legasa.
- Barrios, A. (1964). Con Perón en el exilio. ¡Lo que nadie sabía! Buenos Aires: Treinta Días.
- Castellucci, O. y Mo Amovet, I. (2023). Correspondencia Perón-Vicente. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación.
- Chiaromonte, J. C., & H. Klein (eds.) (2017). El exilio de Perón. Los papeles del Archivo Hoover. Buenos Aires: Sudamericana
- Codesido, N. (2021). Correspondencia Alberte-Perón. En Cattaruzza, Alejandro et alii. Diccionario del peronismo. Buenos Aires: Cedinpe.
- Eguren, A. (2023). Escritos. Buenos Aires. Biblioteca Nacional.
- Friedemann, S. (2021). Correspondencia de Perón en el exilio: interlocutores, contenidos y acceso. En Cattaruzza, Alejandro et alii. Diccionario del peronismo. Buenos Aires: Cedinpe.
- Galasso, N. (2005). Perón. Exilio, resistencia, retorno y muerte (1955-1974). Buenos Aires: Colihue.
- Ladeuix, J.; Quiroga, N.; Melón Pirro, J. (2014). El Partido Peronista: problemas organizativos, prácticas políticas y liderazgo en tres momentos de normalización partidaria. Revista de la Escuela de Historia, 13 (1).
- Lichtmajer, L. (2021). “La construcción de un intermediario. El rol de Alberto Iturbe en el peronismo del exilio (1955-1962)”. Anuario IEHS, 36(2), 63-86.
- Lichtmajer, L. & Pulfer, D. (2023). La génesis de la intermediación. Perón y los comandos de exiliados (1955-1958), en *Folia Histórica del Nordeste*, N° 48, pp. 9-32.
- Manna, Antonio (1993). “Coacción y coalición: peronismo y partidos políticos, 1962-1963”, en Amaral, Samuel & Mariano Ben Plotkin (comps). ob. cit.

- Marcilese, J. (2015). “La formación del Partido Justicialista. El peronismo, entre la proscripción y la reorganización (1958-1959)”. *Quinto Sol*, 19(2), 1-24. ISSN: 0329-2665; e-ISSN: 1851-2879.
- Mazzeo, Miguel (2016). *El hereje. Apuntes sobre John W. Cooke*. Buenos Aires: El Colectivo Editorial.
- Melon Pirro, J. (2011). “Un partido en situación de espera. Los alineamientos políticos del peronismo en el segundo momento de la proscripción, 1963-1964”. En L. Da Orden & J. Melon Pirro (comps.), *Organización política y Estado en tiempos del peronismo*, (pp. 61-74). Rosario: Prohistoria.
- Melon Pirro, J. (2017). “Después del partido y antes del partido: el Consejo Coordinador y Supervisor del Peronismo”. En J. C. Chiaramonte & H. Klein (eds.), *El exilio de Perón. Los papeles del Archivo Hoover*, (pp. 201-230). Buenos Aires: Sudamericana.
- Melon Pirro, Julio (2020). *Oscar Albrieu. Un político de misiones difíciles*. En Panella, Claudio; Rein, Raanan. *Los necesarios*. Buenos Aires, Prohistoria-Cedinpe.
- Melon Pirro, Julio (2021). *Alberto Campos*. En Cattaruzza, Alejandro et alii. *Diccionario del peronismo, 1955-1969*. Buenos Aires: Cedinpe.
- Melon Pirro, J. & Pulfer, D. (2020). “Cooke en 1958. Del centro a los márgenes”. En C. L. Gaude (comp.), *John William Cooke. Ecos de un pensamiento* (pp. 91-114). Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Melon Pirro, J. & Pulfer, D. (9-12 de noviembre 2021). *El pacto: materiales y perspectivas para su estudio* (Ponencia). XIII Jornada de Investigadores en Historia, Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, Argentina.
- Melon Pirro, J. y Pulfer, D. (2023). *Elecciones a Senador en la Capital Federal, 1961*. En Cattaruzza, Alejandro et alii. ob.cit.
- Mo Amovet, Isela. *Alberte*. En Cattaruzza, Alejandro et alii. *Diccionario del peronismo*. Buenos Aires: Cedinpe.
- Monzón, F. (2006). *Llegó carta de Perón*. Buenos Aires: Corregidor.
- O’Donnell, Guillermo: “Un juego imposible: competición y coaliciones entre partidos políticos de Argentina, 1955-1966”, en *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós, 1972.
- Page, J., (2014) [2005]. *Perón: una biografía*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Panella, C. (2020). *Andrés Framini. Las vicisitudes de la lealtad*. En Panella & Rein, cit.
- Panella, C. & Rein, R. (eds.) (2021). *Los necesarios*. Buenos Aires, Prohistoria-Cedinpe.
- Perón, Juan Domingo (1984). *Obras Completas. T XXII*. Buenos Aires: Docencia.
- Rein, R., 2006. *Juan Atilio Bramuglia: bajo la sombra del Líder. La segunda línea de liderazgo peronista*. Buenos Aires: Lumière.
- Smulovitz, C. (1988). *Oposición y gobierno, los años de Frondizi*. Tomo 2. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Vicente, P. (2023). *Correspondencia con Juan D. Perón*. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación.